

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
Mario Rodríguez Fernández

Cuentos Hispanoamericanos
Antología



EDITORIAL UNIVERSITARIA

ÍNDICE

Nota Preliminar

11

EL CUENTO ROMÁNTICO REALISTA

23

ESTEBAN ECHEVERRÍA

El matadero

27

EL CUENTO NATURALISTA

47

TOMÁS CARRASQUILLA

En la diestra de Dios Padre

51

BALDOMERO LILLO

Sub-Sole

74

HORACIO QUIROGA

Juan Darién

84

OLEGARIO LAZO BAEZA

El padre

99

EL CUENTO MODERNISTA

105

RUBÉN DARÍO
El rey burgués

109

La ninfa

115

EL CUENTO SUPERREALISTA

121

JUAN EMAR
El pájaro verde

125

MANUEL ROJAS
El vaso de leche

141

JORGE LUIS BORGES

El Sur

152

ALEJO CARPENTIER
Viaje a la semilla

162

ARTURO USLAR PIETRI

La lluvia

179

JUAN BOSCH
Dos pesos de agua

194

MARÍA LUISA BOMBAL
El árbol
207

JULIO CORTÁZAR
La noche boca arriba
222

JUAN JOSÉ ARREOLA
El guardagujas
233

JUAN RULFO
El hombre
243

MARIO BENEDETTI
Puntero izquierdo
254

AUGUSTO MONTERROSO
Mister Taylor
262

El dinosaurio
269

JOSÉ DONOSO
Ana María
272

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
La siesta del martes
293

JORGE EDWARDS
Después de la procesión
303

MARIO VARGAS LLOSA
Día domingo
325

ROSARIO FERRÉ
La muñeca menor
348

LUISA VALENZUELA
Los censores
357

CRISTINA PERI-ROSSI
La rebelión de los niños
363

JOSÉ EMILIO PACHECO
La reina
393

ANTONIO SKÁRMETA
El ciclista del San Cristóbal
405

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE
Anorexia y Tijerita
421

REINALDO ARENAS
Comienza el desfile
443

RICARDO PIGLIA
La loca y el relato del crimen
459

Nota Preliminar

Esta nueva edición de *Cuentos Hispanoamericanos* presenta sustanciales diferencias con las que le preceden, que sorprendentemente para un país de pocos lectores, alcanzan a doce en un lapso de veinte años.

Hemos, para partir, abandonado el círculo de tiza del modelo generacional, conservando, solamente, algunas propuestas muy generales, como las referentes al sistema de tendencias (romanticismo, naturalismo, etc.).

En segundo término, visualizamos el desarrollo del cuento hispanoamericano enmarcado dentro de lo que Octavio Paz (*Los hijos del limo*) llama “la doble tentación”: la del cosmopolitismo y la del americanismo; el espejismo de la tierra que dejamos (Europa) y de la tierra que buscamos (América).

Dicha oscilación es enteramente visible en el cuento del siglo XIX: junto al americanismo del relato naturalista se yergue el cosmopolitismo del relato modernista, Carrasquilla frente a Darío. La oposición se presenta, como es esperable, a nivel de lenguaje. Al americanismo corresponde el privilegio del coloquialismo y el cosmopolitismo el uso del lenguaje culto.

En el siglo XX la dualidad se transforma, mejor dicho se enmascara en la archiconocida fórmula de “la búsqueda de la identidad hispanoamericana” (o del “ser hispanoamericano”). Las direcciones son múltiples y van desde el reconocimiento de la identidad en un rescate de las raíces precolombinas (Arguedas), hasta la aceptación de que nuestra tradición no es otra que la cultura europea (Borges), sin que falte el paso intermedio, presente en la afirmación del carácter mestizo de nuestra cultura (Uslar Pietri).

Tal vez sean Borges y Paz quienes han reflexionado con mayor lucidez sobre el problema. Borges, frente a la pregunta ¿cuál es la tradición argentina (sudamericana)?, que equivale a preguntarse ¿cuál es nuestra identidad?, responde: “Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición” (“El escritor argentino y la tradición”). Por su parte Octavio Paz, aceptando nuestra pertenencia a lo que él llama las culturas centrales, puntualiza que nos ubicamos en los suburbios de ellas, es decir, que habitamos culturalmente la periferia (*Los hijos del limo*).

Pero, Borges añade un dato fundamental, la posibilidad del escritor hispanoamericano de innovar en la cultura occidental, a partir, precisamente, de esta situación periférica que permite “manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas” (“El escritor argentino...”).

Esta irreverencia la percibimos en los mayores cuentistas del siglo, como Cortázar, el propio Borges, Arreola, Monterroso, Skármeta, Peri-Rossi.

Otra lectura de la oposición cosmopolitismo-americanismo se puede percibir en la también famosa proposición carpenteriana “de lo real maravilloso”.

Alejo Carpentier en un texto ya clásico —el prólogo a su novela *El reino de este mundo*— propuso una suerte de ontología hispanoamericana. Sostuvo que la realidad del continente, del ser hispanoamericano, está marcada por una confusión de órdenes y tiempos. En relación a lo primero, Carpentier ejemplifica a través de una experiencia del narrador innominado de *Los pasos perdidos*, quien viajando hacia el interior de Latinoamérica sorprende en el frontis de una iglesia un grabado que representa a “un ángel tocando las maracas. Es decir, una contaminación del orden celestial por el terreno, carnalesco y corporal. La confusión de tiempos la ve el novelista cubano en su viaje de ascenso por el Orinoco

que, más allá de un viaje espacial, se transforma en una verdadera regresión temporal que lo lleva a la época del Neolítico, lo que lo conduce a concluir que en el Nuevo Mundo (“el continente de la poca historia”) a un habitante de la urbe moderna le basta alejarse unos pasos de su entorno para darse la mano con un hombre de otra época.

Esta forma de ser tan novedosa fundada en la simultaneidad de códigos y tiempos opuestos constituye “lo real maravilloso”.

La categoría significa un privilegio de uno de los términos de la oposición: el americanismo. Lo periférico, lo natural, lo que permanece en el “tercer día de la creación”, lo instintivo, lo primitivo, “lo atrasado” (desde la perspectiva eurocentrista), aparece como altamente positivo y deseable.

Dicha visión es una inversión abierta de la propuesta ideológica dominante en los relatos del siglo XIX. Reparemos que en el cuento antologado de Echeverría —“El Matadero”— lo americano es lo bárbaro, lo degradado, lo animalesco marcado por el arbitrio y la violencia, a tal extremo que se transforma en un espacio casi monstruoso. Estos monstruos de la barbarie son los que deben ser reformados o exterminados por el espíritu civilizador proveniente de Europa.

La inversión —América, de espacio de perdición (en Echeverría) pasa a ser de salvación (Carpentier)— nos proporciona otra lectura del desarrollo del cuento. Esta lectura pasa por la convicción de que en el siglo XIX la literatura hispanoamericana, en todos sus géneros, se inscribe en un proyecto emancipatorio de claro origen liberal, como lo demuestra Hernán Vidal en *Literatura Hispanoamericana e Ideología Liberal: Surgimiento y Crisis* (Buenos Aires: Ediciones Hispamérica, 1976). Para los románticos la literatura debía ayudar a la emancipación de los pueblos latinoamericanos de la ignorancia, la pobreza, la barbarie, la irracionalidad, difundiendo las luces de la civilización europea en los vastos espacios ocupados por la primitividad americana. Y, como escribe Vidal, todo lo que se opusiera a este